

I POSMODERNISMO Y DIFERENCIA: WOOLF SER “HOMBREMENTE-MUJER” Y “MUJERMENTE-HOMBRE”

El día internacional de la mujer fue proclamado por la ONU, en 1977, como el día internacional por los derechos de la mujer y la paz internacional, teniendo como origen las primeras luchas feministas realizadas en distintos países de Europa, particularmente en Rusia. Y no está destinado a festejar un ideal de mujer tradicional con rosas, chocolates o poesías. Está destinado a visibilizar la inmensa inequidad que existe para este 50% de la población al que pertenecemos las mujeres. Está destinado a conmemorar... lo que significa hacer memoria; no olvidar sucesos terribles como el incendio en la “fábrica de camisas Triangle de Nueva York”, aquel fatídico 25 de marzo de 1911, cuando más de 140 jóvenes trabajadoras murieron incineradas y ahogadas por el humo al interior de dicha fábrica, después de que los responsables bloquearan las salidas desde afuera, bajo la *práctica común* de cerrar puertas y ventanas con las obreras dentro, *para evitar robos y altercados*.

Comenzaré entonces por pedirle al lector no olvidar nunca todo lo que significa tener que conmemorar una fecha como ésta, porque solo podremos dejar de regresar año con año a ella, hasta que *Toda la iniquidad de la dictadura, que tenga lugar en Oxford, en Cambridge, en Whitehall o en Downing Street, —y añadido en Juárez, en el Estado de México, en el Distrito Federal, en las Malvinas, en la India, en fin, en el planeta entero— que esta sea dirigida contra los judíos, contra las mujeres, en Inglaterra o en Alemania, en Italia o en España...*, deje de confrontarnos con la distancia que tiene la justicia con la realidad, a la que estamos obligados y obligadas a proteger, de los elementos que la hacen tan dolorosa.

Ustedes no se dieron cuenta, o quizá sí, que en mi texto las itálicas separan —estratégicamente y con la voluntad de hacerlo— un texto de la escritora inglesa Virginia Woolf y lo que yo quiero decirles a través de ella hoy, en pleno siglo XXI.

Pero para eso estoy yo, para aclarárselos, para hacer uso de una estrategia recurrente en el filósofo francés del siglo XVI Michel de Montaigne, a lo largo de sus *Ensayos*, que consiste en citar a los grandes sin nombrarlos, para que, como escribe el filósofo: le den un tafetazo a Seneca, —en este caso a Woolf— mientras creen dármelo a mí.

Para aclarar el juego entrelazado de la obra de Woolf, estamos Ella, con letras mayúsculas y yo, para, a través de su extraordinaria escritura, de su lucidez, que hoy sigue resultando vanguardista (y yo diría posmoderna), exponer la necesidad de entender las razones por las cuales según la escritora, entonces, y según las filósofas de la transmodernidad como la española, Rosa María Gutiérrez Magda o la mexicana María del Carmen García Aguilar, hoy, consideran que el proyecto de la Modernidad ha fallado y cómo tiene que ver este declive con el hecho de que la construcción de un pensamiento que por principio excluye, no solo a las mujeres... también excluye la perspectiva de lo femenino, tanto social, como psicológica, como filosófica, como anatómicamente.

¿Qué quiero decir con esta afirmación? Quiero decir que la racionalidad occidental, la de los grandes hombres que dieron origen a nuestro pensamiento filosófico, construyó nuestro “Humanismo” desde una mirada trunca, parcial, excluyente, que solo considera a quienes formaron los grupos de intelectuales y luchadores sociales, caracterizados de pies a cabeza por el conocido paradigma masculino,⁷ fueron hombres así quienes, por una cosa u otra —la exclusión histórica para comenzar—, pudieron sentarse a pensar las bases, las ideas; que dieron nacimiento a cambios importantísimos ¡sí! Al origen de una evolución social

⁷ A lo largo de este libro me refiero al paradigma trabajado en artículos anteriores del hombre, blanco, católico, alfabetizado, propietario... etcétera.

sorprendente ¡Sí! pero pensados únicamente para ellos, dejando fuera, para comenzar, a todos los grupos que este paradigma excluye: mujeres, pobres, indios, negros, esclavos, extranjeros, iletrados... y ampliando más el espectro a una mirada planetaria contemporánea: animales, plantas, ecosistemas, al planeta entero al final de cuentas.

Pero, como el filósofo francés Jacques Derrida explica, no podemos hacer tabla raza ni negar todo lo que se ha hecho y pensado, ya que se han logrado avances extraordinarios a través de esta estructura racionalista cartesiana y masculina, no podemos ni queremos borrarlo, dice Derrida, pero lo que sí podemos, y es indispensable, es reconocer sus límites, reconocer el hecho de que esta mirada está trunca, reconocer que hoy en día es indispensable tomar ese regalo de nuestros grandes pensadores, deconstruirlo y repensarlo desde una mirada integradora de todas las alteridades.

Y regreso a Woolf:

Y en el extranjero, el monstruo ha surgido más abiertamente a la superficie. Allá, imposible de ignorarlo. Ha expandido sus horizontes. Interfiere ahora con su libertad; les dicta su manera de vivir; establece distinciones no solamente entre los sexos, también entre las razas. Ustedes están viviendo en su persona, eso que sus madres sentían cuando eran excluidas, cuando eran encerradas por el solo hecho de ser mujeres. Ahora es a ustedes a quienes excluyen, a quienes encierran, ustedes, en tanto que judíos, en tanto que demócratas, por su raza, su religión. No es más una fotografía que contemplan; he ahí que son ustedes ahora los que siguen la procesión. Y eso hace una diferencia. Toda la iniquidad de la dictadura, que tenga lugar en Oxford, en Cambridge, en Whitehall o en Downing Street, que esté dirigida a los judíos, a las mujeres, en Inglaterra o en Alemania, en Italia o en España, les hace frente hoy. Pero hoy, todos luchamos juntos.⁸

⁸ Woolf, Virginia, *Trois Guinées*, París, Bibliothèques 10/18, 1938, pp. 171 y 172.

Esta cita que forma parte de las páginas más brillantes de su ensayo *Tres Guineas*, en el que, en toda su genialidad, la escritora inglesa toma una carta recibida al principio de la Segunda Guerra Mundial, la cual proveniente de un Lord inglés que le pregunta con toda la retórica conveniente para la época: ¿Qué puede hacer ella en tanto escritora, en tanto mujer, por su país? —Inglaterra está en ese momento bajo el riesgo de ser invadida por los nazis—. Toda la retórica del famoso Lord inglés va dirigida a pedirle a la escritora apoyo económico. *A ella, una mujer que escribe, una mujer que no es reconocida por el establishment de la academia, por no ser universitaria* ¿Cómo serlo, si las mujeres en su época no tenían acceso a la universidad? Ella... a quien nadie de la monarquía hubiera buscado para preguntarle qué podía hacer por Inglaterra si no fuera porque su país está en guerra y necesita del dinero, ahora sí, de todos y de todas. Como Woolf se lo hace notar en esta carta dividida en tres capítulos, uno por cada Guinea, o libra, que el Lord le pide. La autora tiene la presencia de espíritu de escribir un ensayo que integra, como solo ella sabe hacerlo, con una mirada crítica y objetiva, exponiendo cómo el horror de la guerra provenía del interior de la sociedad misma, el enemigo explica Woolf, no está afuera, no es exterior a esa Europa golpeada por la Guerra; no es ajeno de ese continente arrasado por ideologías fascistas, racistas y destructoras, como lo fueron el nazismo o el franquismo. Woolf explica cómo son los valores del *establishment*; esa necesidad de cumplir con ciertos *principios viriles como: el poder, el honor, el prestigio, el dinero, el placer por la violencia*; que crean conflictos, que definen jerarquías que permiten que existan ciudadanos de segundo y tercer grado. Son estos “valores” que se marcan en las siglas, los títulos, en los grandes apellidos en que está al origen mismo de la guerra. Como explica el académico francés Frédéric Régard:⁹ “Aquellos mismos que piden una Guinea para poner fin a la guerra, inscriben la guerra como una consecuencia inevitable

⁹ Régard, Frédéric, *La force du féminin sur trois essais de Virginia Woolf*, París, La fabrique, 2002, pp. 104 y 105.

de su gusto por la apariencia. La guerra es siempre programada por una disposición completamente masculina...”.

Woolf pone a los hombres del *establishment* frente al espejo de la guerra, *ahora luchamos juntos* escribe la autora... y eso hace toda la diferencia. Pienso que es un símil que podríamos tomar para México hoy en día en su lucha devastadora contra el narcotráfico, ahora estamos del mismo lado de la trinchera, ahora, estamos todos, la sociedad completa, hombres y mujeres, del mismo lado de la trinchera, estamos en posición de desventaja, nuestra fragilidad nos humaniza, si supiéramos aprovechar las circunstancias es el momento adecuado para reequilibrar fuerza y sumarlas todas. Y sin embargo, es tan difícil hacer que lo veamos, está en la médula de nuestra percepción del mundo esta manera de relacionarnos a través de la negación del otro, que no nos damos cuenta de que nos lleva a nuestra propia negación y por lo tanto a nuestra destrucción.

Como Woolf escribe, es de esos valores que reafirman la eterna dicotomía del amo y el esclavo y, la necesidad de cada ser humano, fraguado en esta cultura, de situarnos por encima de los otros, que la sociedad debe desconfiar, es desde una perspectiva distinta a la creada por la cultura dominante, que el trabajo de nosotros, investigadores, filósofos, juristas debería definirse. El espacio de la creación, el trabajo de la reflexión, necesita de la capacidad de salirse de esta perspectiva que está hecha de una lógica individualista de guerra, para poder dar nacimiento a ideas nuevas, para poder darle un sentido distinto a la encrucijada sin salida, que el sistema actual provoca. El derecho tiene una doble obligación; un doble reto y le corresponde un doble ejercicio de reflexión frente a la sociedad y frente a sí mismo. Tiene que partir de un trabajo de *excentración* de sí mismo (en tanto disciplina) y del individuo que lo analiza (en tanto persona). Necesita replantearse la relación de éstos *valores dominantes* y su propia percepción como disciplina. Necesita permitirse ser y obrar desde el exterior de sí mismo y necesita sobre todo reformular sus principios básicos a partir de una ética más humana que humanista en donde el otro

como entidad separada de sí mismo lo cuestione, lo interpele y lo haga verse a sí mismo *alteridad, marginalidad, diferencia*.

Woolf muestra a lo largo de este magnífico ensayo que debería estar en la bibliografía básica de cualquier facultad de derecho, que el error se encuentra en una percepción del mundo en donde lo femenino, comenzando por el cerebro del hombre mismo, ha sido excluido, en donde los valores de virilidad, honorabilidad, prestigio, posesión, poder, han dejado fuera de la cultura del hombre, los valores de solidaridad, de sensibilidad, sobre todo de creatividad y de empatía. Un derecho desposeído de estos valores indispensables para la vida, es un derecho mutilado; incompleto. Woolf propone que para recuperar la completud de un ser capaz de crear, en este caso un mundo, un derecho nuevo, tiene que permanecer *woman-manly* o *man-womanly*¹⁰ (*mujer-hombremente u hombre-mujermente*). Partiendo de una afirmación del poeta inglés Coleridge, quien dice que el cerebro de los genios es andrógino, que son los únicos capaces de utilizar ambos hemisferios del cerebro, el lado masculino y el lado femenino y que esa colaboración equilibrada hace de sus cerebros esos espacios, porosos, flexibles, capaces de proponer y crear las ideas más innovadoras. Que solo los espíritus con esa capacidad pueden ser creativos realmente. No propone un juego de roles inversos ni convexos, lo que propone es que las mujeres seamos capaces de dejar fluir nuestro hemisferio derecho, en equilibrio con el izquierdo y seamos capaces de reconocer que no son características únicamente masculinas, la iniciativa, la decisión, la fuerza de decisión, la determinación, el coraje, y que los hombres reconozcan que esas capacidades atribuidas únicamente a las mujeres por los constructos culturales, no solo son parte de ellos, sino que les son indispensables, que tenemos la oportunidad de aceptar nuestra unicidad en tanto personas, reconociendo el equilibrio con el que fuimos dotados y al cual hemos renunciado por imposiciones culturales retrogra-

¹⁰ Woolf, Virginia, *Une chambre à soi*, trad. de Clara Malraux, París, Edition 10/18, 1992, p. 80.

das. Y como sociedad, aceptar todo lo que el feminismo ha hecho desde hace más de 40 años, aceptar la indispensable necesidad de integrar al campo productivo a hombres y mujeres por igual, para poder dar soluciones integradoras y propositivas a los retos mundiales que nuestra visión parcializada de las cosas ha generado. No en balde los objetivos del milenio tienen en su tercer punto alcanzar una verdadera equidad de género, no habrá país en el planeta que pueda librar los conflictos sociales, económicos, humanos que enfrentamos si no empujamos todos juntos la nave.

Pensar una sociedad, una cultura incluyente, que piense su ética desde la mirada del otro, desde fuera de uno mismo, capaz de pensar en una organización social diferente, capaz de romper los constructos culturales y sociales que esta exclusión histórica y filosófica han creado y situar al ser humano como parte de un todo del universo y no como centro, amo y señor de la existencia, sería un buen primer paso a la sobrevivencia como especie, como planeta. Creo que el derecho, el mundo de lo jurídico, de las ciencias, así como el mundo de lo fáctico tiene que terminar por reconocer en todos los campos que la razón no lo explica todo, que *los hombres*, los seres humanos, no somos la medida de todas las cosas y que la raza humana necesita recuperar su equilibrio, ese que Woolf alude en el cerebro andrógino para poner lo más pronto posible en práctica, esta capacidad de trabajar en equilibrio, en el individuo, entre ambos hemisferios, izquierdo y derecho, femenino y masculino, en la sociedad hombres y mujeres trabajando en colaboración y equilibrio; eso es la transversalidad o el *meanstreaming* famoso. Creo que el planeta necesita desesperadamente de esa creatividad que viene de la completud y no de la mutilación, antes de que no dejemos nada a quienes están por venir.

Y quiero terminar con un panfleto enviado en Argentina para pensar de manera distinta la conmemoración de este 8 de marzo:

Hoy tienes derecho a estudiar, a trabajar y a ganar lo mismo que ganan los hombres. Puedes ser veterinaria, conductora, metalúrgica, abogada, legisladora, estudiante, empresaria, tejedora. Puedes tener

tu nombre en tu cuenta bancaria, la casa donde vives o la tierra que trabajas. Porque hay feministas. Nadie puede obligarte a estar con quien no quieres. Los hijos e hijas no están bajo la autoridad paterna ; son responsabilidad compartida. Puedes divorciarte por tu propia voluntad sin dar razones ni explicaciones a nadie, porque hubo feministas. Puedes disfrutar de tu cuerpo y tu sexualidad y con quien elijas. Porque hubo feministas, la maternidad es una elección y no un destino. Tienes derecho a elegir cuántos hijos tener y también tienes derecho a abortar, porque hay feministas. Puedes vestirte como quieras, El acoso sexual es un delito. Puedes denunciar si te maltratan en tu casa, en la calle, en cualquier parte. Los derechos humanos son también derechos de las mujeres, porque hay feministas. Puedes votar y ser votada. Puedes ser presidenta ¡Porque hubo feministas! El lenguaje, aunque se resista, te empieza a nombrar. Las estadísticas te muestran. Otros mundos se imaginan. Puedes saber que hicieron otras como tú en otros tiempos: en la política, en la economía, las artes, la cultura. Tienes más espejos donde soñarte porque hay feministas. La sociedad es un poco más justa. La democracia es más democrática, la vida de las mujeres y la de todos será mejor. Porque tú también eres feminista.